

Mujeres en la historia: Zoraida la cristiana

Women in history: Zoraida the Christian

Mariam M'RIMIDA*

Resumen: El presente estudio pretende analizar la imagen tardía de Isabel de Solís, aquella Zoraida de origen cristiano y consorte de Muley Hacén en las últimas décadas del Reino nazarí de Granada. El corpus no se ceñirá al relato histórico coetáneo, sino que tendrá su arranque en las representaciones posteriores. A partir de ahí, nuestra pretensión es exponer y destacar la imagen de ese personaje femenino desde un enfoque que parte de la historia propiamente dicha para ver sus proyecciones en el imaginario literario tardío. Entre el cristianismo y el islam, Zoraida la cristiana o Isabel la islamizada se hacen un único personaje de doble perfil, experimentando vaivenes a nivel de su fe y sus creencias religiosas a lo largo de su vida: la imaginada más que la real. Al centrarse la literatura tardía en su historia de amor con el rey nazarí Muley Hacén, el personaje abandona su esencia histórica propiamente dicha y se convierte en un símbolo e icono de amor y sacrificio de la España medieval. De este modo, se desliza, en cierta medida, una figura exótica, rebuscada en los pliegues del imaginario y sometida a las intencionalidades de la memoria. Así, la construcción de su imagen irá variando en función de criterios religiosos y culturales, junto a perspectivas y visiones inherentes a la creación literaria de cada autor.

Palabras clave: Zoraida, imaginario, literaturización, exotismo histórico

Abstract: This study aims to analyse the late image of Isabel de Solís, that Zoraida of Christian origin and consort of Muley Hacén in the last decades of the Nasrid Kingdom of Granada. The corpus will not be limited to the contemporary historical account, but will have its start in later representations. From there, our aim is to expose and highlight the image of this female character from an approach that starts from history itself to see its projections in the late literary imagination. Between Christianity and Islam, Zoraida the Christian or Isabel the Islamized become a single character with a double profile, experiencing ups and downs in her faith and religious beliefs throughout her life: the imagined one more than the real one. As late literature focuses on her love story with the Nasrid king Muley Hacén, the character abandons her historical essence and becomes a symbol and icon of love and sacrifice in medieval Spain. In this way, an exotic figure slips in, to a certain extent, sought out in the folds of the imagination and subject to the intentions of memory. Thus, the construction of

* Marroquí. Doctoranda en el programa *Didáctica de Lenguas Latinas* de la Universidad Mohammed V (Rabat, Marruecos). Licenciada en Estudios Hispánicos y Magister en Globalización, Interculturalidad y desafíos en el siglo XXI por la misma casa de estudios. Su investigación se centra en el estudio de la imagen de los moros y moriscos en la narrativa española de los siglos XVIII y XIX. ORCID: 0009-0008-8603-8144. Email: <mrimidamariam@gmail.com>

its image will vary according to religious and cultural criteria, together with perspectives and visions inherent to the literary creation of each author.

Keywords: Zoraida, imaginary, literaturisation, historical exotism

Recibido: 26 de julio de 2024 Aceptado: 4 de octubre de 2024

Introducción

Son varias las figuras femeninas que marcaron la historia medieval española, y se convirtieron a la vez en fuentes de inspiración literaria para escritores, poetas y artistas, entre otros. El presente estudio pretende analizar la imagen tardía de Isabel de Solís, la conocida como Zoraida o Soraya, una cautiva cristiana que logró conquistar el corazón de Abu l-Hasan Ali, el penúltimo sultán de la dinastía nazarí de Granada, transformándose en su esposa legítima y madre de los infantes. Esta figura femenina, singular y única, fue uno de los focos de atención por su convulsa vida y su historia humana tanto para la sociedad islámica como para la cristiana del siglo XV.

La reina Soraya adquirió gran fama en aquel tiempo. En primera instancia, por el hecho de abandonar el cristianismo y convertirse al islam en un contexto complicado, marcado por guerras existenciales de origen religioso entre musulmanes y cristianos. Además, su posición dentro del realeza nazarí como excautiva y segunda esposa fue la raíz de innumerables conflictos e intrigas internas. Por último, la dualidad que experimentó a nivel de sus creencias religiosas la convirtió en objeto de estigmatización y críticas mordaces que la acompañaron a lo largo de su vida.

Para explorar las complejidades de ese personaje controvertido desde una perspectiva puramente literaria, el corpus de nuestro análisis se centrará en la novela histórica *Doña Isabel de Solís, Reina de Granada*, publicada por Fernando Martínez de la Rosa en 1837 (Madrid: Oficina de D. Tomás Jordán), obra de tema granadino y perteneciente a la literatura del Romanticismo. Sus tres volúmenes nos ofrecen una visión global y específica sobre el personaje de Isabel/Soraya, explorando sus características, su papel en la trama, y su relación con los demás personajes, sobre la base de acontecimientos históricos literaturizados en una producción de carácter legendario y exótico. Así, nuestra labor consiste en destacar la percepción posterior de esa figura histórica transmitida por Martínez de la Rosa e inspirada a la vez en la imagen difundida en las fuentes, crónicas y textos historiográficos de origen árabe y europeo, que a menudo emanan de la percepción dominante de la sociedad durante un cierto periodo de tiempo.

Realidad y exotismo en la construcción de la imagen de Soraya

No cabe duda de que el personaje Soraya tuvo un tratamiento especial en las crónicas árabes y cristianas de la época, pues era imposible abordar el último episodio de la dinastía nazarí sin hacer referencia, de un modo u otro, a esa mujer. En este sentido, resulta pertinente realizar un breve recorrido cronológico por algunos textos en los que aparece. Numerosos son los autores, historiadores y cronistas que se centran en la historia de al-Ándalus, y sobre todo en la caída de Granada, investigando sobre sus causas, consecuencias y los protagonistas que pusieron en marcha aquel acontecimiento crucial que cambió el curso tanto de la historia islámica como de la cristiana.

En primer lugar, el nombre de Soraya se ve mencionado en el manuscrito anónimo *Nubdat al `alacr fi ajbarmuluk Beni Nasr*,¹ obra de un testigo del declive de la dinastía nazarí, el cual incluye en su relato lo siguiente:

Dicho emir Abul Hasan estaba casado con una prima suya, hija del emir Muhammad el Zurdo, y de la cual tuvo dos hijos, Muhammad (“Boabdil”) y Yusuf. Llegó a tanto el desenfreno del emir, que dio preferencia sobre su esposa a una cristiana llamada Zoraya, abandonando a su prima y a los hijos habidos en ella. Como surgiesen en ésta los celos que en tales ocasiones suelen concebir las mujeres respecto a sus esposos, menudearon entre ambos las disensiones, en las cuales los hijos Muhammad y Yusuf tomaron el partido de la madre. Agravábase la enemistad entre el emir y sus familiares; pero como él era de natural colérico e impetuoso, y la madre temiese para sus hijos la ira de su esposo, quedaron las cosas quietas por un cierto tiempo, durante el cual el emir continuó sumiéndose en los placeres y entregándose a sus pasiones. (Bustani, 1940: 7; citado por López de Coca, 2002: 2)²

El anónimo arábigo menciona brevemente a Soraya, sin profundizar en su descripción física ni moral, identificándola únicamente por su religión: “una cristiana”. Según la perspectiva del autor, este aspecto religioso era considerado como un elemento perturbador que arruinó tanto la vida conyugal como familiar del rey, provocando graves deserciones internas que debilitaron el reino y condujeron a su fin. Sabiendo que el autor fue testigo de los últimos momentos del reino nazarí, no cabe duda de que la imagen transmitida en su manuscrito parte de una percepción coetánea que deriva de la realidad social e histórica del momento, si bien tiene sus matices en la visión subjetiva dominante.

En la obra de Luis Mármol Carvajal *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*, publicada en 1600, leemos lo siguiente:

Era Abil Hacen un hombre viejo y enfermo, y tan sujeto a los amores de una renegada que tenía por mujer, llamada la Zoraya (no porque fuera éste su nombre propio, sino por ser muy hermosa, la comparaban a la estrella del alba, que llaman Zoraya), que por amor de ella había repudiado a la Ayxa, su mujer principal, que era su prima hermana, y con grandísima crueldad hecho degollar algunos de sus hijos sobre una pila de alabastro, que se ve hoy día y esto a fin de que quedase el reino a los hijos de la Zoraya. (Mármol Carvajal, 1946: 139, citado por López de Coca, 2002: 11)

¹ Se trata de un manuscrito árabe escrito por un autor anónimo, que ha sido traducido al español bajo el título “Fragmento de la época sobre noticias de los reyes nazaritas o capitulación de Granada y emigración de los andaluces a Marruecos”.

² La versión española de este texto nos ha sido proporcionada por el mencionado D. José Enrique López de Coca.

Para Carvajal, Soraya fue considerada como “renegada” al abandonar su fe cristiana, acto que acarreó una gran polémica en la comunidad cristiana. Además, destacaba por su atractivo físico, lo que le permitió adueñarse del trono nazarí y ser una figura central en la vida del rey. Este empezó a mostrar sentimientos de repudio y crueldad hacia su primera esposa y los hijos de ésta en favor de la “renegada”, lo que generó una relación complicada y difícil de igualar, sobre todo con el deseo y la ambición política de Soraya que tenía como objetivo dejar el reino en manos de sus infantes, legitimando algo que era ilegal en el modelo de organización monárquica nazarí. Al dominar la lengua árabe, Luis del Mármol Carvajal pudo establecer una doble concepción de ese personaje, construyendo una imagen multifacética fundamentada en diversas fuentes.

Más adelante, Pedro de Salazar y Mendoza en su *Crónica del gran cardenal de España*, publicada en 1625, al tratar la figura de Soraya, nos la presenta de este modo:

Casó este rey (Albo Hacen) con dos reinas: Aixa la Horra, y Fátima la Zoraya. Horra dice honesta; Zoraya Lucero del Alba, por su hermosura, la Zoraya casó con el rey siendo viejo, y tuvo le tan rendido de su voluntad, que le hizo repudiar a la reina Aixa. (...) Era hija del comendador Sancho Jiménez de Solís, alcaide de la Higuera de Martos y de Bedmar, y cautiváronse (los moros) a ella y a otra hermana suya, que se llamaba doña María (...) Según otra lectura, la Zoraya era de Baena, llamada Catalina de Narváez. Hecha mora se llamó Fátima Romía. La primera opinión tengo por cierta. (Salazar y Mendoza, 1625, Lib. I, cap. XXI, citado por Martínez de la Rosa, 2002: 12)

Según Salazar y Mendoza, Soraya era una cautiva conocida por su notable belleza y linaje noble, lo cual le facilitó la tarea de contraer matrimonio con el rey de Granada. Era una mujer astuta que ejercía un poder significativo sobre el rey y una influencia considerable sobre sus decisiones. Salazar y Mendoza fue un historiador genealogista, pues su representación se centra esencialmente en el linaje y los orígenes familiares de Soraya. Tanto Mármol Carvajal como Salazar y Mendoza se consideran como autores tardíos, cuya percepción del personaje parte de lo difundido en los textos de las crónicas y lo entresacado de la memoria oral. Se trata aquí de una imagen reciente y, en cierto modo, próxima a la realidad.

Seguidamente, Francisco Bermúdez de Pedraza, en su *Historia eclesiástica de Granada* (1638), la pinta de la manera siguiente:

Casó Abil Hacén de primero matrimonio con Ayxa Fátima la Horra, que significa la Honesta, a diferencia de la segunda mujer de quien vivió y murió enamorado, que se llamaba Fátima la Zoraya, que significa la hermosa; fue cautiva del rey y éste de su hermosura. Era hija del comendador Sancho Jiménez de Solís, alcaide de Martos, que murió en un ataque de los moros, que se apoderaron de sus dos hijas, la mayor de las cuales se llamaba doña Isabel de Solís. El rey, rendido de su hermosura la persuadió para que se casase con él, y ella aceptó para poder así reinar, y se volvió mora; tal es la ambición de las mujeres y el deseo que tienen de mandar (Bermúdez De Pedraza, 1638, f.172v.-173r. citado por López de Coca, 2002: 13).

Bermúdez de Pedraza destaca el gran encanto y hermosura de Soraya. Asimismo, proporciona informaciones sobre su origen y las transformaciones y cambios que experimentó desde su cautiverio hasta su encumbramiento como reina de Granada. En cierto modo, el autor critica las concesiones que

ofreció Soraya para poder gobernar, resaltando que su conversión fue motivada por ambiciones políticas y no por razones religiosas. De tal manera, según este autor, Soraya representa el carácter de una oportunista con sed de poder. Teniendo en cuenta que Bermúdez de Pedraza fue un sacerdote y eclesiástico, resulta clara la actitud apologética que adopta hacia la islamización de una cristiana. Así, la dimensión ideológica y religiosa ha sido un factor determinante en la construcción de la imagen que ha sido influenciada por la entonces reciente expulsión definitiva de los moriscos (1609-1614) y por la tendencia social y política que apoya el rechazo y la ruptura con todo lo relacionado con el moro fronterizo.

Posteriormente, el cuentista estadounidense Washington Irving no pudo relatar su *Crónica de la conquista de Granada* (1829) sin mencionar a ese personaje clave en la dinámica del reino nazarí, proponiendo lo siguiente acerca de Soraya:

La otra reina favorita de Muley, era Fátima, a quien dieron los moros el título de la “Zoroya” o luz del alba, por lo resplandeciente de su hermosura: era cristiana de nacimiento, hija del comendador Sancho Jiménez de Solís, y siendo aún niña había quedado cautiva de los moros. Enamorado el viejo Rey de esta bella española, la hizo su sultana, y se entregó enteramente a su gobierno. El fruto de este amor fueron dos príncipes, a quienes desde su nacimiento tenía determinado la Zoroya elevar a la autoridad suprema, por cuantos medios estuviesen a su alcance; pues la ambición de Fátima no era menor que su hermosura, y el objeto de sus más ardientes deseos era el de colocar a uno de sus hijos sobre el trono de Granada. Para este fin se valió del ascendiente que tenía sobre el ánimo cruel de su marido, y haciéndole entrar en sospechas contra sus demás hijos, a quienes achacaban los más siniestros designios, logró perderlos en el afecto de su padre. Tanto pudieron al fin sus artificios, que mandó Muley dar públicamente la muerte a varios de sus hijos en la fuente de los leones, que está en el patio de la Alhambra, lugar muy señalado en la historia de los moros como teatro de tantos hechos sanguinarios (Irving, 1831: 38)

Según lo indicado por Irving, la inestabilidad y los cambios drásticos que experimentó Soraya a lo largo de su vida la han convertido en un personaje demasiado ambicioso, manipulador, capaz de hacer cualquier cosa para lograr sus objetivos personales. Así, la imagen construida por Irving fue regida por varios criterios: la lejanía geográfica y cultural tiene una influencia significativa en su percepción del personaje y del contexto en general. Además, su recreación literaria de los acontecimientos y personajes ha sido basada sobre una lectura exótica de la historia, o sea, una interpretación imaginada más que real.

En definitiva, la mayoría de los autores la han identificado como la cautiva cristiana, conocida por su notable belleza, su inteligencia y su nobleza de linaje que le han facilitado ascender al trono de Granada. Su nueva posición como segunda esposa del rey fue causa de grandes preocupaciones y tensiones dentro del realeza nazarí. Su conversión al islam ha sido objeto de pugna y rechazo por parte de la comunidad cristiana, ya que, para ellos, es considerada como una mujer infiel y renegada al haber abandonado a su religión. Algunos autores remiten al carácter ambicioso y astuto de Soraya, junto a las complejas y traumáticas situaciones que habría experimentado, mientras que otros critican el espíritu oportunista que manifestó para alcanzar sus intereses políticos y personales. Así, la imagen de Soraya varía según la visión y la postura ideológica de cada autor.

En su *Doña Isabel de Solís reina de Granada* Fernando Martínez de la Rosa nos ofrece un extenso relato que abarca la vida del personaje desde la cuna hasta el sepulcro. La novela aborda las principales etapas de la vida de Soraya y destaca los personajes más influyentes en ella.

Isabel, la cautiva que logró conquistar el trono nazarí

¿De qué manera aparece recreado el personaje de Soraya en la novela de Martínez de la Rosa? Isabel es presentada como una doncella cristiana de noble linaje, hija del hidalgo Sancho Jiménez de Solís, comendador de Higuera de Martos. Era huérfana de madre, por lo que creció rodeada de amas y nodrizas. Siendo todavía niña, sufrió una enfermedad pulmonar que requirió la intervención de una esclava mora que se llamaba Arlaja, quien logró curarla. Desde entonces, esa mora capturada en tierras cristianas se convirtió en madre adoptiva para Isabel y le ofreció una educación donde aprendió a estimar a los moros.

Gracias a su notable belleza y hermosura, Isabel se comprometió en matrimonio a una edad temprana con el joven Pedro de Venegas, heredero de la ilustre familia cordobesa de los Señores de Luque. En la noche de sus bodas, y en un espectáculo de desolación, una expedición de moros asaltó el castillo, tomando a un número de cautivos entre los cuales se contaban Isabel y su nodriza Arlaja. De tal manera, la joven fue capturada y trasladada al reino de Granada, ámbito ajeno para ella a todos los niveles. Isabel permaneció por un tiempo en la casa de su nodriza situada en el Albaicín, siendo presentada más tarde al rey Muley Hacén como esclava.

Desde el primer encuentro, Isabel logró cautivar el corazón del monarca, quien fue tierno y apasionado por ella, quedando pasmado ante su rara belleza y su hermosura tan fascinante. Desde aquel momento, empezó a llamarla con el nombre de Soraya que le ha conservado la historia para siempre. En aquel tiempo circulaban noticias sobre la enorme pasión y el amor que tenía el rey hacia la nueva cautiva cristiana, cosa que encendió los celos de la sultana Aixa, su primera esposa y madre del príncipe heredero. De hecho, Aixa estaba segura de que la existencia de Soraya amenazaba la suya, por lo cual tendió una trampa para alejarla definitivamente de la Alhambra. Cuando Muley Hacén se enteró de la desaparición de su amada, fue en su busca y tornó con ella a la ciudad. El rey no tuvo la menor duda de que su esposa había sido la responsable. Como castigo, Aixa fue aislada en uno de los palacios junto a sus hijos. Así se allanó el principal obstáculo que podía separar a los amantes, quienes aprovecharon la oportunidad para declarar su amor mutuo. Según lo indicado en estas líneas:

“yo no te amo Zoraya, como se ama en el mundo; yo te quiero, te adoro, como ama en los cielos a las Hurís del Paraíso” inclinase el rey, cogió la mano de Isabel y la llevó a sus labios; pero apartándola de pronto la doncella, y sin poder contener sus sollozos y lágrimas: “Mi suerte, mi libertad, mi vida, todo, señor, está en tus manos; y aunque derrama por tí la última gota de mi sangre, nunca podría apagarte la piedad con que miras a esta desventurada huérfana... Pero, óyeme, señor, por lo que más ames, y no te ofenda mi atrevimiento: la hija del comendador Solís no nació destinada a un trono; pero no será mientras viva la querida del rey.” (Martínez de la Rosa, 1837: 170-171)

Con tales palabras de dignidad y entereza las cosas se complicaron para el monarca, quien quedó colocado entre la espada y la pared. Por un lado, el amor desenfrenado que sentía y al mismo tiempo la honestidad y la valentía que expresaba su amante acerca de su condición. Por el otro, la reacción de las tribus y del pueblo ante un matrimonio controvertido y rechazado comunitariamente. Sin embargo, el rey fue muy insistente. Para cumplir su deseo, contó con la ayuda de Arlaja, con gran influencia sobre las decisiones de la doncella. En efecto, Arlaja empezó a inculcar en el ánimo de Soraya que su libertad y bienestar se debían al monarca, quien estaba dispuesto a prestarle el amor de un esposo, la fuerza de un protector, la

ternura de un padre, y el título de reina de Granada. Sin embargo, estos privilegios estaban condicionados por el abandono de la cristiandad y la conversión al islam.

Dado que el sacrificio que le exigían era grandísimo, Isabel se sintió confusa y perpleja, pero al mismo tiempo mostró un buen grado de habilidad para convertirse, visto que había sido educada por una musulmana. “A causa de las ocupaciones del comendador y de haber abandonado su hija en manos de Arlaja, que los sanos preceptos y las augustas verdaderas del cristianismo apenas habían echado raíces en el corazón de Isabel...” (Martínez de la Rosa, 1837: 187)

Tan grande era el contraste que experimentaba aquella doncella: no solo se encontraba sola, huérfana, lejos de su patria y abandonada a sí misma, sino que estaba también bajo la presión de los recuerdos que “se mezclaban confusamente en el oscuro cuadro las delicias de Granada, el palacio, Albo Hacen, fiestas, amores, trono” (Martínez de la Rosa, 1837: 194). Sin embargo, y mientras tanto, se veía próxima a sentarse a lado del único hombre que había amado.

Como prueba de amor y de buena voluntad, Muley Hacén entregó a su amada grandes regalos, distintas propiedades y enormes joyas y vestidos. Con tanta generosidad, se afianzaron aún más los lazos de amor y pasión entre los amantes. No obstante, el previsto matrimonio del rey provocó la ira y el enojo de su primera esposa Aixa quien, inquieta, “vagaba por su instancia, sin parar ni un solo momento; como la esposa de un tigre, encerrada entre barras de hierro” (Martínez de la Rosa, 1837, Tomo II: 9), prometiendo retorsión y venganza.

En tales condiciones, Soraya fue nombrada oficialmente reina de Granada. No obstante, era una reina en la sombra, ya que no tenía un poder significativo. Era consciente de su nuevo estatus y actuaba como tal. A la sazón, Muley Hacén se enfrentaba a grandes dilemas interiores como exteriores. Fracasó en llevar a cabo la reunificación de las tribus bajo la bandera nazarí, lo que generó casos de rebelión y sedición convertidos más tarde en guerras civiles. A ello debe sumarse el avance militar de los reyes católicos, los conflictos fronterizos y, por último, su derrota en la batalla de Alhama y la pérdida de la ciudad a favor de los cristianos. Todos esos factores deterioraban aún más las condiciones políticas y sociales en Granada, lo que causó gran indignación popular. Simultáneamente, las intrigas y maquinaciones de Aixa y sus aliados alcanzaron su cenit, al liderar un golpe de Estado contra Muley Hacén, proclamando a su hijo Boabdil rey de Granada en lugar de su padre.

En esas circunstancias vinieron los caudillos para el rescate de Soraya, quien rechazó obstinadamente abandonar el palacio y solo repitió estas palabras: –“Mi esposo me dejó aquí; y aquí me hallará viva o muerta” (Martínez de la Rosa, 1837: 207). De ese modo, fallaron todos los intentos para que Soraya siguiera a los caudillos, hasta que uno de ellos “acertó a decirle con cierto dejo desabrido: Haces bien, a fe mía, en no temer la muerte; así caerás viva en las garras de Aixa” (Martínez de la Rosa, 1837: 108). Al escuchar el nombre de Aixa, a Soraya se le estremeció el corazón como señal de peligro y fatalidad venidera, cediendo así, sin pensarlo más, a las demandas del caudillo. Gracias a la protección de los caudillos, Soraya volvió a juntarse con el monarca quien ahora prestó mayor interés a su esposa, dejando atrás todo lo ocurrido en Granada. Esto no dejó satisfechos a los abencerrajes, quienes fueron motivados por el deseo de unirse cuanto antes con Muley Hacén para discutir el asunto, tomándose urgentes medidas para recuperar el trono y satisfacer sus objetivos políticos. Anteponiendo el bien común, el monarca partió a Málaga para encontrarse con su hermano el Zagal y dejarle encomendado el gobierno de dicha ciudad. Ante todo, tenía que asegurarse de la buena fe de su hermano, quien mostró resolución y nobleza.

La captura de Boabdil por los reyes católicos en la batalla de Lucena permitió la vuelta de Muley Hacén a Granada. Mientras tanto, no cesaron las negociaciones y tentativas de la sultana Aixa para liberar a Boabdil, quien prestó su vasallaje a los reyes católicos y se comprometió a servirles y obedecerles a

cambio de su libertad tras la sumisión de Almería y la muerte de su hermano el príncipe Yusuf en ambiguas circunstancias. Aquella muerte motivó acusaciones de Aixa contra Muley Hacén y su hermano el Zagal.

El avance cristiano y la falta de reacción del rey fueron objeto de preocupación tanto para la clase religiosa como para la popular. Se planteó la sustitución de Muley Hacén por su hermano el Zagal quien había mostrado valentía y fuerza, derrotando a los cristianos en varias ocasiones. El destronamiento fue un golpe inesperado para Muley Hacén, quien lo vio como un acto de traición por parte de su hermano, su séquito y su ejército. Entonces el viejo monarca se encontró solo, abandonado y encerrado junto a su familia en el castillo de Salobreña. En tal situación, Soraya no dio ni la menor señal de resentimiento o queja. Al revés, fue una fuente de consuelo y apoyo para su esposo al sostener su fidelidad y amor incondicional aun en los peores momentos. Algo que se ve reflejado en el siguiente párrafo:

Ni un solo momento se apartaba del lado de su esposa, teniendo de continuo estrechadas sus manos. Ella era su amparo, su escudo, su consuelo; solícita siempre y cuidadosa, calmando sus temores y procurando adivinar hasta sus pensamientos. “Habla, hija mía, (solía decirle el desventurado); que el acento de tu voz calma mis penas, como si fuese un bálsamo del cielo... Tú no eres una mujer, sino un ángel... A ti te debo; a ti sola, los únicos momentos de felicidad que he disfrutado en la tierra... Tú templabas mis cuitas cuando me abrumaba el peso de una corona; tú eres el apoyo de mi vejez; tú sola tienes piedad de mí en esta soledad y desamparo... ¿lo creerás, esposa de mi alma? Si Dios, compadecido de mí; me otorgara la merced que le demandase, me guardaría bien de pedirle mi antiguo poder y grandeza... ¡He sido tan desdichado! ... vivir tranquilo, contigo y con mis hijos, respirando el aire del campo; y no aquí, que me ahogo... Llévame, llévame a esas verjas, que reciba el frescor de la mar en el rostro...” (Martínez de la Rosa, 1846: 89-90)

Desgraciadamente, el frescor del mar no hizo que el derrocado monarca pudiera sobrellevar los sentimientos de angustia, sufrimiento y debilidad que estaban rompiendo su corazón. Falleció poco después en su encierro, en circunstancias difíciles de rastrear, dejando atrás su postrimera voluntad de ser sepultado junto a sus padres. Fueron amargos la pena y el dolor que sintió Soraya al perder el amor de su vida, y encontrarse sola para criar a sus hijos en una situación riesgosa. Por un lado, la falta de protección y las crecientes amenazas de Aixa, y por otro, la inestabilidad política y las rivalidades entre el Zagal y Boabdil que encendieron de nuevo las guerras civiles.

Como era de esperar, tras la muerte de su hermano, el Zagal ordenó encarcelar a Soraya junto a sus infantes en la Alhambra, donde permanecieron unos dos años. Durante ese periodo de soledad y sufrimiento, se acumularon cada vez más en su imaginación los recuerdos de su apacible infancia en el castillo, la muerte trágica de su padre, las desdichas y perturbaciones que había experimentado en el reino de Granada. Tales recuerdos avivaron en su ánimo un sentimiento religioso que había reprimido por largo tiempo. De manera imperceptible, “iba volviendo Zoraya al seno de la religión en que había nacido, sin combate, sin esfuerzo, sin advertir ella misma lo que en su seno pasaba” (Martínez de la Rosa, 1846: 164).

En aquellos tiempos, el reino de Granada estaba ya al borde de colapso, un proceso originado en las divisiones internas y la disputa por el poder entre el Zagal y Boabdil, así como en los sucesivos triunfos de los reyes católicos, que tuvieron entre sus efectos la rendición de varias ciudades y, por supuesto, la rendición de la capital Granada. Mientras tanto, Soraya estaba sumamente preocupada por el destino de sus hijos, asimismo “se sonrojaba en sus adentros de haber podido abandonar la religión de sus padres; y

no podía avenirse a la idea de presentarse con la sombra de aquella mancha a los ojos de la Reina Isabel” (Martínez de la Rosa, 1846: 322).

Tras la rendición completa, culminó la Reconquista con el triunfo de los Reyes de Castilla y Aragón, quienes programaron su entrada a la ciudad de Granada para celebrar su victoria. Entre las personas que acudieron a la ciudad para felicitar a los reyes se contaba Soraya, intimidada por el hecho de ser presentada ante los reyes católicos, sobre todo ante la reina Isabel. La intimidación se debía al hecho de su conversión y a su matrimonio con el rey nazarí Muley Hacén. Sin embargo, contra lo esperado:

Recibieron entrambos monarcas a Zoraya cual a la dignidad de reina convenía; esmerándose en prodigarle muestras de benevolencia. Prometiéndole estados y rentas, para que pudiese mantener su elevada jerarquía y criar a sus hijos cual era propio de tan ilustres príncipes; a los cuales tomaban desde luego bajo su protección y amparo. Al oír estas palabras, enterreciese Zoraya, y cogiendo de la mano a aquellos inocentes, hizo ademán de arrodillarse para besar la mano de la reina; mas esta no lo consintió, y antes bien hizo unas cuantas caricias a los tiernos niños, ordenando al príncipe D. Juan que viniese a ponerse a su lado. Al contemplar aquel cuadro no hubo uno solo, de cuantos allí se hallaban, que no encareciese la bondad de la ilustre princesa, honra y prez de Castilla; a la par que formaban ardentísimos votos por la prosperidad y ventura de la que en otro tiempo se ostentara reina en aquel mismo palacio, donde ahora se presentaba sola y desvalida. (Martínez de la Rosa, 1846: 325)

Dada la situación triste y abatida en la que se encontraba en aquellos momentos, Soraya tenía la necesidad de conciliarse con el Dios de sus padres, expresando su remordimiento por haber abandonado su fe original. Con la ayuda de un prelado, la reina de Granada fue reconciliada con la iglesia, mientras que sus hijos fueron bautizados en el cristianismo. De tal manera, Soraya había recobrado su “verdadera identidad” en el momento en que sus hijos habían renegado de la suya. Como narra Martínez de la Rosa,

Doña Isabel de Solís (que había recobrado su nombre, al reconciliarse con la Santa Iglesia), iba cubierta con un riquísimo velo que casi bajaba hasta el suelo, pero sin cubrir la gallardía del talle ni embarazar en lo más mínimo sus nobles ademanes. Acompañaban la para tan solemne acto Dona María Manrique y su esposo Don Gonzalo de Córdoba; los cuales llevaron hasta el lugar donde se encontraban los reyes, y en seguida se retiraron. En esto se hallaba ya el venerable Pontífice al lado de la fuente de la vida, pronto a derramar sobre los tiernos niños sus milagrosos raudales: acercase entonces el rey D. Fernando, que había querido honrar al hijo mayor siendo su padrino, así como el príncipe Don Juan lo fue del más pequeño; motivo por el cual uno se llamó D. Fernando y D- Juan el otro, dejando el nombre de Ali y de Naere que al nacer recibieron. (Martínez de la Rosa, 1846: 334)

Con ello, se mantuvo el compromiso inequívoco de romper todo vínculo o contacto con el mundo islámico y eliminar cualquier intento de rebeldía por parte de aquellos infantes, al considerarlos los últimos descendientes de la dinastía nazarí. Así fue definitivamente enterrada cualquiera ambición de recuperar o reinstaurar el reinado musulmán en la península.

Entretanto, el único deseo de Soraya la madre era mantener a sus hijos sanos y salvos, por lo que tras la salida de Boadbil a Fez se instaló en su comarca en las Alpujarras en busca de tranquilidad. No

obstante, estalló una rebelión que desestabilizó la situación. Isabel y sus hijos retornaron entonces a Granada, siguiendo órdenes del rey D. Fernando. Para Soraya, la vuelta a Granada estuvo signada por sentimientos profundos y complejos: por un lado, los felices recuerdos de lo vivido en aquellos sitios en compañía de su difunto esposo aliviaron su dolor y, por otro, el temor de que sus hijos fuesen víctimas de alguna trama le desanimó de nuevo. Al fin y al cabo, murió Soraya en aquel lugar donde había pasado la mayor parte de su vida fluctuando entre la felicidad y la infelicidad.

El personaje de Soraya en la concepción de Martínez de la Rosa

Al analizar las principales etapas de la vida de nuestra protagonista en la obra de Martínez de la Rosa resulta clara la transformación en la representación de su figura en comparación con las representaciones anteriores. Esa transformación se debió en primer lugar a los cambios drásticos que experimentó la imagen de la mujer tanto en la literatura española como en la europea del siglo XIX. Se trata de grandes debates ideológicos y culturales cuyo motor fue el elemento femenino, tanto su concepción colectiva como individual. En las producciones literarias y artísticas de la época la imagen de la mujer surgió de la ideología general de la sociedad, así como de la nueva tendencia literaria, nos referimos al romanticismo como corriente intelectual que pretende echar luz sobre temas relacionados con la condición femenina, creando un nuevo arquetipo donde la mujer es revalorizada e idealizada mediante la ruptura con las visiones tradicionales ya superadas.

Martínez de la Rosa no se quedó atrás. Su novela histórica *Doña Isabel de Solís Reina de Granada* coincide con los fundamentos y principios del romanticismo. En sus páginas se revaloriza la consideración histórica de la mujer mediante el personaje de Soraya, incluyéndola como sujeto y no como objeto. Por otro lado, en su recreación del personaje, se nota que lo exótico prevalece sobre lo real en lo que respecta a los protagonistas, mientras que los hechos y personajes históricos son perfectamente reales. A través de la imagen histórica, el autor realiza una imagen simbólica e imaginaria que le permite mostrar sus proyecciones sociales y morales, manifestando, así, su propia visión acerca de los personajes y del contexto en general.

Así pues, la diferencia en la representación de Martínez de la Rosa reside en la idealización y la revalorización de este personaje femenino, al presentarlo casi perfecto tanto a nivel físico como moral. Se trata de una doncella cristiana de belleza ejemplar, noble, bien educada, cultivada, obediente, amistosa, respetuosa y amante de la vida, pero perseguida por la mala suerte, al quedar huérfana de madre, la hija única de su padre, y la novia secuestrada en su noche de bodas.

Desde la óptica del autor, el punto de inflexión de la vida de nuestra protagonista fue resultado de un conjunto de sucesos traumáticos que influyeron de manera directa en sus acciones y decisiones posteriores, se refiere a la muerte de su padre ante sus ojos, la desolación de su boda, la captura a manos de los moros. La experiencia del cautiverio fue un verdadero choque para la doncella, asimismo fue su primer contacto directo con la realidad social y política de la época. Sin embargo, la experiencia hasta cierto fue soportable gracias a la existencia de la mora Arlaja a su lado, ella representa la protección, la serenidad, el amor incondicional, la confianza absoluta y el sacrificio.

En cuanto a su historia de amor con Muley Hacén, se ve reflejada la sensualidad de la mujer creyente en el amor, capaz de sacrificar todo para el bien de su amante, además de ser el ejemplo de la mujer íntegra y honesta que actúa conforme a sus valores. Soraya rompe con el modelo de la cautiva sumisa a los placeres de su dueño, así como destroza las expectativas o bien el estereotipo que ha creado el rey sobre las cautivas, ya que, a pesar de ser reducida a dicha condición, logra convertirse en esposa legal,

favorita, y digna de ser respetada por todo el mundo e, incluso más que eso, fue coronada reina de Granada.

Su perfil de reina fue la raíz de múltiples crisis, traumas e intrigas palaciegas que perturbaron la vida dentro de la Alhambra. Asimismo, su origen cristiano fue factor de rechazo y odio. A lo largo de la historia, Soraya expresa un carácter pacífico, tierno y amoroso: su único interés fue buscar la felicidad y vivir en tranquilidad junto a sus seres amados. Algo que refuta la hipótesis de que el rey de Granada fue dominado por ella o bien estaba sometido bajo su influencia.

En su relación con la sultana Aixa, Soraya representa el ejemplo de la mujer orgullosa de su belleza, además de tolerante, ya que no devuelve el mal con el mal, aunque ha sido víctima de una conspiración urdida por Aixa. La compleja relación entre las dos mujeres, no ha sido solamente relacionada con celos y envidias de mujeres, sino que ha sido reflejo implícito de un conflicto por el poder.

A lo largo de la obra, la idealización del cristianismo es notoria en varias ocasiones, al presentarlo como la única fuente de amor, justicia, piedad, y de todos los valores y principios nobles. Por otra parte, el autor despliega una visión negativa sobre los moros y sus deficiencias morales, así como critica su manera de actuar, y cómo en su caso los vínculos familiares se desvanecen frente a las ambiciones e intereses personales.

Según su propio punto de vista, el autor considera que la conversión de Isabel de Solís al Islam y el cambio de nombre fueron un factor decisivo para su aceptación en una sociedad mayoritariamente musulmana, mientras que el hecho de ser rebautizada fue una necesidad espiritual más que una exigencia social. Con la rendición de Granada concluye la guerra existencial y religiosa entre musulmanes y cristianos. Asimismo, el bautismo de los infantes Nasr Ben Ali y Saad Ben Ali, y la escena de la muerte de Soraya estrechando una cruz, se consideran un símbolo de victoria moral del cristianismo.

Consideraciones finales

La percepción del personaje histórico (Isabel/Soraya...) se ve sometida a una memoria más nostálgica que histórica, una memoria donde la protagonista de los últimos días del Reino Nazarí se transforma en un ícono literario y pierde historicidad en comparación con las representaciones anteriores. Como uno de los fundadores de la novela histórica del romanticismo, Martínez de la Rosa recurre al exotismo literario en su construcción de la imagen de Soraya inspirándose en el pasado, pero sometiéndolo a las tergiversaciones de la memoria y a una visión actual más que virtual. La existencia de una fosa generacional entre la época del autor –perteneciente al siglo XIX– y la época que reproduce –la Granada de finales del XV– implica que la imagen transmitida o más bien construida ha sido provocada por la nostalgia y nacida antes en el imaginario colectivo de los españoles, sobre todo de los granadinos.

A lo largo de las páginas de *Doña Isabel de Solís*, se nota la influencia del romanticismo a la hora de construir los personajes y determinar sus características. Asimismo, resulta clara la idealización del cristianismo y de la supremacía de sus valores, siguiendo en ello la tendencia literaria dominante en aquella época. Además, en su representación, Soraya ha sido idealizada y revalorizada, mientras que en otras ha sido objeto de estereotipos y etiquetas sociales que se funden en la condición religiosa de este personaje. En definitiva, se puede confirmar que la imagen y la visión de la figura de Soraya variaron en función del contexto y de las peculiaridades históricas, religiosas y culturales de cada época, y también de la índole y las convicciones de cada autor.

Referencias

- Bermúdez de Pedraza, F. (1639). *Historia Eclesiástica de Granada*. Recuperado de <https://digibug.ugr.es/handle/10481/46625>
- Bustani, A y Quirós, A. (1940). *Fragmento de la época sobre noticias de los reyes nazaritas o capitulación de Granada y emigración de los andaluces a Marruecos* (2ª sección). Larache, Instituto General Franco para la Investigación Hispano-Árabe.
- Del Mármol Carvajal, L. (2001). *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*. Recuperado de https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/historia-del-sic-rebelion-y-castigo-de-los-moriscos-del-reino-de-granada--0/html/ff45049c-82b1-11df-acc7-002185ce6064_5.html
- Gallego Coin, B. (2016). *Isabel de Solís. Soraya. La Cautiva que reino en la Alhambra*. (5ª ed.) Granada: Editorial Almed.
- Irving, W. (1831). *Crónica de la Conquista de Granada*. (J. W. Montgomery, Trad.) Recuperado de <https://www.elejandria.com/libro/cronica-de-la-conquista-de-granada/washington-irving/1359>
- López de Coca, J. E. (2002). The Making of Isabel de Solís. En R. Collins y A. Goodman (Eds.), *Medieval Spain*: (225-241). Londres: Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1057/9781403919779_12
- Martín Quirantes, A. (2011-2013). Nuevos datos sobre la familia real nazarí: la penúltima sultana granadina Soraya/ Isabel de Solís y sus posesiones en el realejo de Granada; y su nieta doña Isabel de Granada, una piadosa cristiana. *Sharq al-andalus*, 20, 441-467. Recuperado de <https://www.cervantesvirtual.com/obra/nuevos-datos-sobre-la-familia-real-nazari-la-penultima-sultana-granadina-soraya--isabel-de-solis-y-sus-posesiones-en-el-realejo-de-granada-y-su-nieta-dona-isabel-de-granada-982232/>
- Martínez de la Rosa, F. (1837). *Doña Isabel de Solís, Reyna de Granada: Novela histórica* (Tomos I y II). Recuperado de <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/dona-isabel-de-solis-reyna-de-granada-novela-historica--0/html/0106f2c2-82b2-11df-acc7-002185ce6064.htm>
- _____ (1846). *Doña Isabel de Solís, Reina de Granada: Novela histórica* (Tomo III). Recuperado de https://www.google.co.ma/books/edition/Do%C3%B1a_Isabel_de_Solis/wr8GAAAAQAAJ?hl
- Moner, M. (1998). Moros y cristianos en el Quijote: Caso de Zoraida la mora cristiana (Don Quijote I, 37-42). En C. Schmauser y M. Walter (Eds.), *¿¡Bon Compañó, jura Di!?: el encuentro de moros, judíos y cristianos en la obra cervantina* (pp. 49-62). España: Iberoamericana Vervuert. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=9227>
- Szpiech, R. (2017). Conversion as a historiographical problem: The case of Zoraya/ Isabel de Solís. En Y. Fox y Y. Yisrael (Eds.), *Contesting inter-religious conversion in the world* (24-38). Nueva York: Routledge.